

## SOLANA, HOMBRE

Por P. QUINTANILLA OTERO

Para comprender la magnitud reveladora de la pintura de Solana, hace falta conocer antes a Solana íntimo. La vida de Solana nos ofrece las mismas facetas que su pintura, hosca, triste y brutal, pero realista.

Vida y obra de Solana traslucen al hombre en su desnudez instintiva, con sus taras de bestia al descubierto, sin hipócritas rebozos civilizantes. Solana, sincero y violento, da al mundo la bofetada de su hediondez, oculta y disimulada, pero existente. Lo que otros huyen y pretenden ignorar por feo o desagradable, incluso por inhumano, lo busca Solana, goloso de miserias, por la misma razón que las considera injustas; él, que en el fondo no fué más que un hombre bueno.

Nace Solana en Madrid en el Carnaval de 1886; su padre es un rentista con todas las necesidades cubiertas. A los pocos años, también en Carnaval, una máscara barriobajera penetra en el domicilio de Solana, niño, que se encuentra solo con la criada. La máscara intenta robar, y esta escena quedará grabada en la mente del niño, paralizando su espíritu en un susto perenne.

Vive en casa de los Solana un pariente paralítico y deficiente mental privado del habla. Solana creció a la sombra del tío Florencio «El Mudo», contemplando las burlas de las criadas a este pobre ser inmóvil y horrible en su gesto de muñeco sin vida, cuyo único movimiento de péndulo es el brazo que pretende atajar el hilo continuo que se desliza por el labio, caído y muerto.

En un examen han preguntado a Solana qué es poesía bucólica, y ha contestado que «una cosa de comer»; no sirve para el estudio y abandona el bachiller.

Será pintor y escritor. Con esas pretensiones se matricula en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, pero allí se ahoga en el amaneramiento de profesores y alumnos, y en lugar de copiar de los modelos se dedica a tomar apuntes de sus compañeros, escogiendo los defectuosos físicamente. Después de una clase, en una juerga de taberna que se prolonga hasta la madrugada, Solana, en plena borrachera, sufre un ataque de *delirium tremens*.

Ramón le lleva a Pombo, y allí, silencioso y apartado, sigue sesión tras sesión en la cripta. Conoce a tipos como Nogales, desnudista y vegetariano que tiene ocho automóviles y se deja melena, que tiñe de purpurina o de un verde rabioso. Allí le presentan a una artista holandesa que fabrica microbios y gusanos artísticos perseguida por la policía de varios países y que, según Ramón, «tiene ojos de ombligo».

Al final de cada sesión, y como plato fuerte, invitan a Solana que cante. Con su tremenda voz de bajo profundo interpreta ópera, y recita el «Alcalde de Zalamea»; si equivoca los versos y se lo advierten, contesta malhumorado: «Ahora el Alcalde soy yo y digo lo que me da la gana».

No le seduce esta vida entre frívola y bohemia, y se mete en un vagón de tercera con los bolsillos llenos de huevos duros y trozos de pan, un puñado de cuartillas y un lápiz, que humedece como un niño para tomar sus apuntes. Así recorre los pueblos de las dos Castillas. Se hace amigo de arrieros y de mendigos trashumantes, cuyo pan y lecho comparte muchas veces en los refugios angostos de las afueras de pueblos y aldeas. ¡Qué escenas no presenciara Solana entre esta humanidad maloliente! Cuenta el amor entre desgraciados hacinados en infectos burdeles. Le gustaba caminar con los arrieros y comer sin parar la marcha con la cazuela apoyada en el pecho. El ha visto cómo uno de estos hombres rudos y valientes, se amputó de un solo tajo de su faca, que limpió después con una miga de pan, un dedo que le había quedado aprisionado entre las piedras.

Se explica que Solana fuese atrabiliario, insociable y brutal; que las pocas palabras que soltaba fueran siempre acompañadas de tacos furibundos, y que no considerase categorías ni encumbramientos sociales. Era el gran adusto que daba siem-

pre su opinión cuando se la pedían, doliese a quien doliese.

En un banquete a Azorín, Solana fué invitado a que hablase y habló: «Uno va a hablar. A uno le molesta la generación del 98 y Larra, que se pegó un tiro, y eso es una cosa sucia. Lo que pasa es que era un vago y le tenía envidia a Mesonero Romanos.» Y siguió su perorata, diciendo «que uno conocía a otro escritor más «bueno» que el homenajeado», sin que le atajaran las toses significativas de los comensales.

En el homenaje que a él se le ofreció con motivo de haber ganado una primera medalla por su cuadro «La vuelta de la pesca», también habló Solana para decir, ante la estupefacción de los homenajeadores, todos personas de categoría social, que «Al único que uno agradece que haya venido es a Fortuna, el torero, porque es un trabajador como yo que tiene que ganarse la vida a pulso».

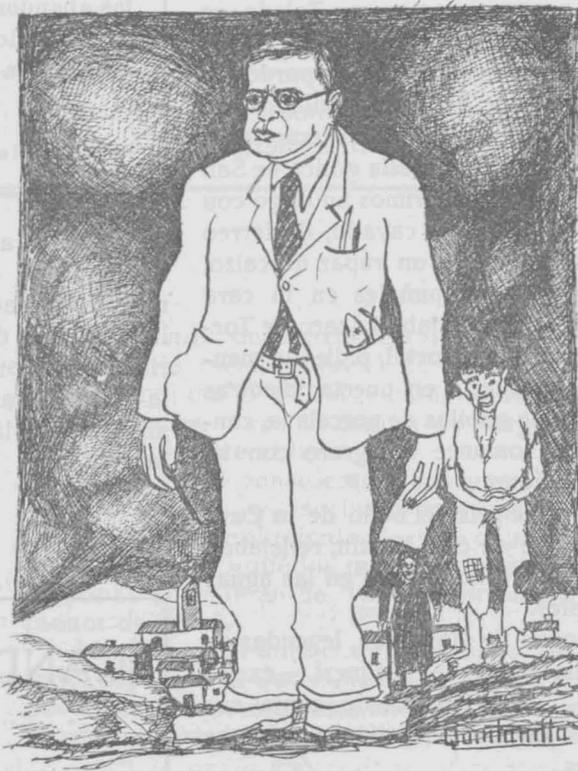
Así era Solana, ineducable, rebelde, franco y descomunal. Ni París con sus refinamientos le venció. Al contrario, Solana buscó su miseria introduciéndose en el barrio chino, penetrando en sus terribles vicios, cubiertos con el traje luminoso del dinero.

Solana fué invitado para exponer su obra en la *ville lumière* y allí se fué como podría haber ido a Navacerrero, con sus cuadros, sus botas de aldeano, un jamón, dos hogazas, una tortilla y una bota de vino. Al llegar a la estación parisiense se introdujo en un coche de mulas y gritó al cochero con su fuerte castellano: «¡A la fonda!» Después, en su exposición, armaba líos enormes a los compradores, al pedir el precio de sus cuadros en duros o en pesetas.

Ultimamente vivía Solana en un piso con su hermano Manuel, soltero como él. Había pasado la época de las locuras pombianas; Ramón, casi un padre para él, estaba lejos. Su madre, que acabó loca —llenando con sus gritos las habitaciones repletas de esqueletos y muñecos inverosímiles, haciéndole explicar ante las asustadas visitas: «Es la madre, que está loca»—, había muerto. Solana vivía entre su pintura, que ya le cansaba, y los largos paseos por los barrios para él preferidos: Vallecas, Lavapiés, etc.

En uno de estos paseos se citó con su amada de siempre, y la Muerte acudió inexorable a la cita.

Un coro de máscaras le acompañó hasta el cementerio.



Solana, visto por el autor.